

¡VUELVE PROMETEO!

por J. A. M. PEREDA

Esto era una vez Prometeo que le estaban comiendo los hígados encima de un monte. Creo que era por el Cáucaso. Ya sabéis la historia de Prometeo. El caso es que venía un buitre, y cuando el bueno de Prometeo tenía sus hígados a punto, se los devoraba. Le crecían otra vez, y otra vez el buitre. Y así durante treinta años. Menos mal que luego vino su amigo Hércules y le liberó. Si no, seguro que aún seguiría allí, dándole de comer al buitre. Una gracia. Y ya conocéis por qué empezó todo. Porque un día se le ocurrió robar la antorcha del fuego divino y alimentar con ella al barro humano que había modelado. Los dioses montaron en cólera y comisionaron a Vulcano para que le encadenase y comenzara el juego de los hígados. Y eso fue todo.

Lo que no cuenta ninguna Mitología es qué pasó con Prometeo después de que le liberaran. Y cuál no ha sido mi sorpresa cuando el otro día le vi paseando por el campo de cierta Ciudad Universitaria. Iba el hombre, porque ya se ha quedado hombre, con las manos a la espalda y muy meditabundo. Había cambiado el griego por un castellano castizo, y por lo bajo podía oírsele musitar:

—Mi sino, desde luego, es una gaita. Ya estoy hasta las narices de llamarme Prometeo. ¿Por qué no me llamaría Venus, que, al menos, era más mona?

¡Qué penas!

Con el pretexto de ofrecerle unos libros de segundo ojo a buen precio, le dije que me contara sus penas.

—Estoy hecho un lío. Resulta que me dije: Ahora que los dioses ya se han ido y sólo andan por aquí los mortales, voy a ver qué tal me va. He estado en una isla desierta hasta ahora, y por eso no se ha oído ni castaña de mí. Llegué a la Universidad y me matriculé. Terminé mi carrera como pude, y al ver que por estos barrios no andaban muy allá de sapiencia, decidí ir donde la hubiera, robarla y traerla para acá. Más o menos como hice antaño con el fuego. Estuve unos años por ahí y ahora que he vuelto me encuentro con que todo lo que he hecho no me sirve para nada. Verá. Por aquí todo está lleno de gente que adquieren el calificativo de «pozos de ciencia». Y lo único que son es pozos, sí, pero sin agua. Si se echa una piedra, rebota en el fondo. A su alrededor siempre quieren formar un oasis, y como no tienen nada de nada, los árboles crecen secos y hechos un asco. Vienen los beduinos del desierto, y en vez de refrescar sus cuerpos, lo que hacen es ver parásitos devorando los troncos y, si se descuidan, hasta a ellos mismos. Llegué, quise regar la tierra y me preguntaron que a qué «pozo» pertenecía. Cuando contesté que a ninguno, me miraron con malos ojos. Pensaron en seguida que quería introducir ideas «subversivas» y me apartaron. «Aquí no se hace política», me dijeron. Y yo

no tenía ni idea de hacerla. Pero al poco me di cuenta de que eso de que «aquí no se hace política» significaba que no se hacía la política de los otros, pero sí la de ellos. Y yo no quería hacer ni una ni otra. Intenté crear un Centro particular donde mi antorcha pudiera arder. Fundé una revista donde publicar artículos al día...

«Llegan los 'acólitos'»

Mas un día vinieron los acólitos de los «pozos», cerraron todo, y sin mirar, lo quemaron. Recordé a mi amigo el buitre que me comía los hígados. Viendo que por ese camino no conseguía nada desistí de andar solo y, con modales modestos, me puse de «aprendiz» de uno de aquellos «pozos». Al principio todo fue bien. Pero cuando el «pozo se dio cuenta de que se me veía un poco de agua», me consideró peligroso para su integridad y me apartó a un rincón. Se empeñó en que me dedicase a contar las piedras que había en su oasis. Le dije que aquello no era para mí, que yo podía dar sombra mejor. Lo tomó a rebeldía y envió sus acólitos para que me llevaran a declarar. En cuanto crecía el hígado, me lo volvían a devorar. Y mi historia se repite. ¿Para qué seguir? El caso es que estoy como hace siglos, pero sin un Hércules que me libere, porque no tengo ni idea de por dónde estará ése ahora.

Le animé diciéndole que quizá andase por alguna otra isla desierta. Creo que ni él ni yo nos lo creímos. Siguió andando con la cabeza gacha y yo seguí buscando comprador para mis libros de segundo ojo.